

bagaje científico sobre á puro de abundoso, el médico práctico no se verá rodeado de la aureola popular. Tal vez Feliu no podía alardear de esas cualidades externas juzgadas como indispensables para lucir en la cátedra y en los torneos académicos, pero en cambio no carecía de las condiciones necesarias para entender y hacerse estimar.

Para él la práctica de la Medicina no consistió en una labor rutinaria y con dejos de empirismo puro. Así daba gusto oírle el relato circunstancial de los polimorfismos á que tanto propende la infección palúdica en las zonas maláricas de Puerto Rico; la narración de las epidemias de fiebre amarilla y de cólera asiático que se había visto obligado á combatir; la descripción minuciosa de las entero-colitis y disenterías americanas, y sobre todo la de esos grandes abscesos solitarios del hígado, tan frecuentes en las comarcas tropicales y que, á menudo, se dan la mano con los procesos ulcerativos del tubo intestinal. Sólo admiraba que nuestro compañero, con sus escasas resistencias físicas, hubiera podido gozar de energía bastante, no sólo para atender á su vasta clientela en la urbe, sino para montar á caballo y salvar grandes distancias, con el propósito de prestar sus auxilios á la población blanca y negra de los ingenios y cafetales.

Cuando á fuerza de sudores se creó una posición independiente, quiso venir aquí á disfrutarla, como si hubiera comprendido que la continuidad de aquella fiebre de trabajo y en un país enervante, le había de agotar, anticipándole la vejez. Ello es que al regresar traía ya acusados los rasgos del abatimiento físico; pero como quiera que no estaba necesitado de una gran parroquia para vivir con holgura, bastábale un mediano trabajo casi á guisa de entretenimiento. Por desgracia hubo de coincidir su llegada con aquel malhadado período bursátil que más tarde uno de nuestros renombrados catalanistas describió en hermosas páginas en la *Febre d' Or*, y nuestro buen amigo fué una de tantas víctimas devoradas por el moderno Minotauro. Esto obligóle á cruzar otra vez el charco, regresar á Mayagüez, doblegarse nuevamente al trabajo, reconquistar su clientela ya dispersada, y, como para él segundas partes fueron buenas, recobró sus antiguos prestigios, y con ellos su relativo bienestar. Pero sea que de continuar en la brecha, las fuerzas iban á faltarle, sea que las afecciones de familia le atrajeran á la patria de su amantísima esposa, Feliu llegó á Barcelona por tercera y última vez, cuando su visible decaimiento atestiguaba ya los comienzos de la esclerosis, que á los 55 años de edad había de conducirle al sepulcro. En esta etapa, que fué el epílogo de su vida, no era necesaria una vista de lince para comprender que sin tardanza habían de faltarle las energías de cuerpo y espíritu que reclama la visita de enfermos, y sobre todo la nueva formación de una clientela, mucho más en una ciudad henchida de médicos hasta la saturación.